

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

MONS. FRANCISCO CASES ANDREU. OBISPO DE CANARIAS

SANTA IGLESIA CATEDRAL BASÍLICA DE SANTA ANA

25 de marzo de 2010

Queridos Hermanos y Amigos todos:

Permítanme que les acoja a todos con esta fórmula de saludo, la usual en mis encuentros con los creyentes cuando nos reunimos para una celebración de fe. Son las palabras que más cariño y más respeto encierran al mirarles a los ojos, y abrirles el corazón, contento de compartir con Ustedes mucho más que un trozo de tiempo y un espacio común al amparo de las nervaduras de nuestra Basílica Catedral de Santa Ana en la Semana de Pasión.

Creí un deber aceptar la invitación que amablemente me ofreció la Junta de Gobierno de la Unión de Hermandades, Cofradías y Patronazgos para decir el Pregón de la Semana Santa de nuestra Ciudad, pero la carta del Presidente me abrió una inquietud. En un instante se me amontonaron las preguntas, y llegué a pensar que sólo en poner orden y en ir contestándolas se me pasaría el tiempo, como se le agotaron a Lope de Vega los catorce versos del soneto que le mandó hacer Violante, con sólo ir engarzando los versos explicando que cosa sea un soneto. ¿Qué es o qué debe ser un Pregón? ¿Qué Semana Santa debe anunciar este pregón? ¿Son Ustedes los oyentes reales del pregón, o en ustedes he de hablar con muchos que no están aquí? ¿Tiene lógica anunciar o incluso celebrar hoy los desfiles procesionales de Semana Santa en el contexto social que estamos viviendo? ¿Qué debe decir el pregón? Y por último la pregunta y la inquietud por mí mismo, elregonero: ¿qué papel representar? ¿el de poeta, el de predicador, o el de aprendiz de profeta? Vayamos encadenando las preguntas y las inquietudes.

Sea la primera la del **PREGÓN** mismo. El Diccionario llama 'Pregón' al *Discurso elogioso en que se anuncia al público la celebración de una festividad y se le incita a participar en ella*. Todos ustedes ya saben que se van a celebrar las Procesiones, y conocen las Procesiones mejor que yo. ¿Necesitan ustedes que haga el elogio de sus hechos, y les invite a participar en la festividad de sus Procesiones? ¿Qué debo anunciarles, qué puedo anunciarles? Los Pregones con alguna frecuencia se han convertido en relatos. Un Pregón anuncia o debe anunciar. El relato cuenta, busca deleitar con lo que cuenta y con el modo de contarlo. Normalmente los Pregones, que deberían hablar de lo que va a suceder, de algo futuro, se han convertido en repasos del pasado. Quizás por eso tienen mayor acogida entre los que han conocido o conocen, han vivido o viven lo que se anuncia repetido, aunque los detalles de lugares, costumbres, tiempos y modos ya no se correspondan con la realidad actual. Han cambiado el empedrado, las luces, los recorridos, y las fechas. Pero el Pregón mantiene la nostalgia y su relato alivia el corazón.

¿Comprenden por esto la inquietud del **PREGONERO**? Por una parte, no puedo físicamente entrar en el Pregón como relato de lo que fue, porque yo no vi, ni estuve, ni

viví lo que fue; y sonaría a falso y a hueco si lo elogiase y lo anunciase contando sus grandezas por haber estudiado, preguntado y contrastado en mil fuentes lo que fue, por mucho que busque las palabras más canarias para contarlo.

Y por otra parte, porque como creyente y como pastor, es muy posible que esperen una reflexión sobre lo que es, o lo que puede ser, o debe ser en el futuro, lo que se viene haciendo, y ahora se anuncia para un plazo tan breve como la semana próxima.

Tocaría ahora responder a la pregunta por qué Semana Santa he de contar, elogiar, o anunciar. Es fácil de comprender que aquí o en cualquier lugar hay varias Semanas Santas, pero hablemos primero de ustedes, oyentes, y abordemos antes la cuestión del contexto social del momento presente. ¿Son ustedes los **OYENTES REALES** del Pregón, o en ustedes he de hablar con muchos que no están aquí? ¿Quiénes deben recibir, escuchar, acoger el anuncio de los desfiles procesionales?

En realidad hemos convertido algo que debería ser un acto popular, en un limitado acto social. Ustedes que escuchan el Pregón ¿qué vienen a escuchar? Ya dijimos que en esta ocasión ya saben de antemano de qué se trata. La novedad o la sorpresa puede venir del Pregonero: ¿qué irá a decir un conocido representante de la Iglesia, que sabemos cómo piensa más o menos, o con mayor o menor detalle, de algo que ya sabemos qué es, y que por otra parte no va a cambiar por lo que aquí se diga? Lo que vaya a decir, lo que quiere decir no tiene que ver solamente con ustedes, es tema para el nazareno, el dirigente, el político, para el espectador y el creyente convencido.

Y no tiene poca importancia considerar **EL CONTEXTO SOCIAL** en el que se anuncia lo que se va a hacer. Lo que se anuncia es un conjunto de manifestaciones religiosas en la calle. Lo aceptamos pacíficamente los que estamos aquí, complacidos en oír lo que oímos, y –si el Pregonero acierta- por el modo de decirlo. Pero no es esta realidad de manifestaciones religiosas en la calle algo obvio y pacíficamente aceptado hoy por todos. No es este el mensaje que recibimos habitualmente desde las más variadas instancias: lo religioso y sus manifestaciones son algo legítimo, y para muchos hasta válido, pero como opción privada, para manifestarse libremente en los ámbitos privados. El tema es importante.

Para ayudar a entenderlo un poco más tratemos de aproximarnos a lo que son las Procesiones. En resumen: **un conjunto de personas que llevan a Cristo a la calle**. Así de sencillo y así de importante. El centro de las Procesiones son las imágenes de Cristo y de María. Son imágenes dolientes, que nos trasladan a un mundo de sufrimiento y de muerte, de compasión y de cercanía; los cristianos llamamos redención y salvación. En realidad resumen lo que cada creyente cristiano, y cada comunidad creyente viven como creyentes; pero también lo que como creyentes aportan, pueden o deberían aportar a la sociedad, al mundo de los hombres con los que caminan, esperan, sufren, lloran y se alegran cada día. Y digo lo que aportan o lo que deberían aportar, porque también ponen, o ponemos, en circulación el escándalo, la suciedad y el daño; y porque también tapamos quizás con demasiado oro y demasiados bellos adornos lo que no fue ni es tan hermoso de contemplar.

Las procesiones en su realidad más elemental resumen la tarea del creyente y de la Iglesia toda: **llevar a Cristo a la calle**. Y lo hacen en la persona de los nazarenos, penitentes a los que hace anónimos el capirote, para acompañar a Cristo representándonos a todos. Y lo hace en la persona de los responsables, a cara tapada o a rostro descubierto, preocupados de que el desfile se desarrolle técnicamente bien, y de que la Hermandad, la Cofradía o el Patronazgo esté en sintonía con lo que se ve. Con varas de mando en las manos, que pueden ser un símbolo de poder, o el cayado del pastor, que convierte a los dirigentes en zagales del único Buen Pastor, tratando de ayudar a Cristo a llevar a los fieles por buenos caminos a su encuentro, al encuentro con Él.

Llevar a Cristo a la calle. Este rápido resumen de lo que son las procesiones me obliga a pensar. Cuando en la calle, con una manifestación o con una palabra en los Medios, está un creyente, alguien de Iglesia, defendiendo la vida del ser humano no nacido o defendiendo el matrimonio como lo pensaba Jesús de Nazaret; o defendiendo el derecho de los padres a educar a sus hijos según las referencias morales que ellos quieren, y no las que pretende imponer nadie distinto de ellos mismos, aunque sea el Estado; o identificándose y defendiendo a los pobres y marginados, entonces, cuando se hace esto en la calle con una manifestación o una palabra en los Medios, no se está haciendo algo distinto de lo que se hace en una procesión de Semana Santa: se está llevando a Cristo a la calle. Se está ofreciendo a Cristo, su Luz y sus criterios, a quienes quieran inspirarse en él para defender la vida, el matrimonio, la familia, la educación, los pobres.

Una verdadera democracia, no sólo permite, sino que exige, garantiza y está interesada en que todas las voces puedan estar en el espacio público, y sean escuchadas, tanto por los poderes públicos como por la sociedad toda. Con la limitación de que se respeten los derechos de los demás, no se ofendan las creencias de nadie, y no se altere el orden público; y esta limitación es exigible a los creyentes cuando se manifiesten, pero debe exigirse también a favor de los creyentes. ¡Qué lástima que en democracia, cuando suena la voz de gente de Iglesia en la calle o en los medios, se escuchen las mismas voces de otros tiempos comentando: “se están metiendo en política”! Pareciera que el aborto sea un tema político, que no tenga nada que ver con la moral. ¡Qué lástima que resulte tan fácil ofender las creencias de los católicos!

¡Ojalá que a todos puedan llegar todas las voces y todas las iniciativas legítimas! ¡Ojalá los poderes públicos sean los primeros que se alegran de que circulen las ideas y las propuestas! No entiendo que por una parte las procesiones de Semana Santa se vean como inocentes e intrascendentes, asépticas manifestaciones populares que pueden y deben ser autorizadas, apoyadas, acompañadas e incluso participadas por los poderes públicos en representación del pueblo, y, por otra parte, se juzgue inconveniente, molesta o ilegítima la palabra pública que se deduce directamente de lo que representan las procesiones: llevar a Cristo a la calle.

Aunque no sea éste el contenido del Pregón que debo proclamar, sí, anuncio que vamos a salir a la calle, y anuncio que nuestra salida a la calle significa ni más ni menos que **llevar a Cristo a la calle**. Pero esto tan sencillo está cargado de consecuencias para unos y para otros, y sobre todo para nosotros, las gentes de Iglesia.

Pediré y reclamaré a los poderes públicos: **libertad** para poder hacer lo que hacemos, como signo y confirmación de que tenemos derecho a estar en el espacio público, y poner en él un mensaje, una palabra que quiere ser de vida. Y no sólo libertad, sino también **apoyo y ayuda** para hacer lo que hacemos, porque los que estamos en esto, que no somos pocos, también contribuimos como los demás a los esfuerzos comunes.

Pero pediré y reclamaré a los hombres y mujeres de Iglesia, y en especial a los que estamos en el espacio público como creyentes, empezando por mí mismo:

Coherencia entre nuestra salida a la calle para mostrar desfilando la figura de Cristo, cuya Vida visiblemente anunciamos, y lo que realmente pensamos, decimos y vivimos.

Cercanía para consolar y ayudar a los que sufren, contribuyendo a aliviar las heridas de Cristo allí donde él sigue "en agonía hasta el fin del mundo" (Cf. Pascal, *Pensamientos*, "El misterio de Jesús", 553): Porque la vida es amenazada por la violencia doméstica, por el aborto y la eutanasia, por el sinsentido de la vida que la arrastra al suicidio; porque la vida de cada día es amenazada por el egoísmo acaparador de los que tenemos, sabemos y podemos; porque el amor es amenazado por el olvido, la infidelidad, el desamor, el abandono, el abuso.

Humildad para pedir perdón porque no somos lo que decimos ser, y faltamos a la coherencia y a la cercanía.

Bondad para hacer nuestra propuesta sin imponerla a nadie y sin condenar a nadie por no creer, pensar, hablar o vivir como nosotros debiéramos.

Austeridad y sobriedad para que nuestro protagonismo no oculte a Cristo, para que no se pierda lo esencial, sepultado por los adornos, para que el marco no se coma el cuadro.

Aquí podría terminar el Pregón de este Pregonero, pero siento que les debo todavía la respuesta a más de una pregunta de las que me formulaba desde el principio, como si de los catorce versos del soneto que me mandaron hacer, todavía quedasen las cuartetas o los tercetos más importantes.

¿Qué Semana Santa he de anunciar y pregonar? Con esta pregunta estoy indicando que en realidad existen diversas Semanas Santas, y es conveniente analizar el tema para acertar con el contenido del Pregón.

En unos pocos minutos de cualquier día, yo, como cualquiera de ustedes, puedo recibir mensajes muy distintos con la misma etiqueta: **SEMANA SANTA**. Y esto tan sencillo me obliga y nos obliga a pensar.

"Señor Obispo, -me dice Severo o Paqui al entrar al Obispado- le he subido a su despacho unos programas de *Semana Santa*. Los ha traído el Presidente de la Unión de Cofradías". Subo la escalera: "Don Francisco, -me habla Rosario al llegar al despacho dos minutos más tarde- el Deán don Nicolás ha traído los carteles con los horarios de la *Semana Santa* de la Catedral". Me siento a la mesa y en el periódico del día o en el Correo encuentro un precioso folleto a todo color con vistas de paisajes de ensueño, y un título incitador: "*Semana Santa* en Ibiza, o en Túnez, o en las Islas Madeira". Y entre las noticias del mismo periódico, encuentro las Procesiones marítimas de los cayucos de Nuadibou a Arguineguín, o la Procesión de los Haitianos que tratan de encontrar su

trozo de ayuda; o el desfile procesional de las familias a las que se les acabó la subvención del paro, y deambulan por las calles de la ciudad mendigando un trabajo, una ayuda, un plato de comida para sus hijos. Y brota del corazón como un respiro hondo: otras Procesiones, otra *Semana Santa*.

¿ QUÉ SEMANA SANTA HE DE PREGONAR? ¿Hay algo que acomune todas estas realidades, además de su coincidencia en el almanaque y en la historia de los hombres? ¿Qué digo para anunciar la Semana Santa?

Creo que hay cuatro '*Semanas Santas*'. Dejando aparte la Semana de quien contempla estos días ya cercanos como jornadas de vacaciones, para viajar y para descansar, la de los espléndidos folletos de turismo, creo que hay cuatro '*Semanas Santas*'.

ESTÁ ANTE TODO LA SEMANA SANTA QUE ES LA PRIMERA DE TODAS, la última Semana de Jesús en la tierra de los hombres. La Semana Santa de Jerusalén del año treinta y tres, más o menos. Es aquella Semana, la Semana Santa de verdad, la que nunca perderá su fuerza y su sentido, sino que será y es la fuerza y el sentido de todas las demás. Tiene sus cantos y sus lamentos, sus luces y sus noches, oscuras de prisión y de traiciones. Un Inocente, el único inocente de la historia, acogido primero con palmas y olivos como el Mesías que llega, es condenado por Sacerdotes y Políticos, es rechazado por la muchedumbre, es entregado y evitado por sus discípulos y amigos de ayer.

Además de su entrada en la capital, entre aclamaciones y hosannas, le han marcado varias procesiones más con distintos itinerarios, sin alabanzas ni aplausos. La tristeza del abandono y la certeza de la cercanía de la traición le han llevado del Cenáculo al Huerto de los Olivos. Es una procesión sin espectadores, nadie le ha alabado y nadie le ha chillado rechazándolo. El retorno, la segunda procesión, ya no tendrá la misma soledad. Del Huerto de los Olivos al Tribunal irá acompañado por sayones y soldados, y un espectador, sólo uno, Simón Pedro, que se esconde a cada paso para que no le vean porque anda entre el cariño y la cobardía. En Getsemaní sacó una espada de entre los pliegues de su túnica e hirió a uno de los empleados del Sumo Sacerdote, pero fue su último arranque de coraje.

Después ha seguido Jesús otras Procesiones, otros itinerarios han marcado sus pasos, llevado y traído de unas manos a otras, del Sanedrín a Pilatos, de Pilatos a Herodes, de Herodes a Pilatos de nuevo. Ahora sí se ha ido reuniendo la gente a su paso por las calles, se ha corrido el rumor y la noticia: es el Nazareno, el que andaba predicando de aldea en aldea, el que bendecía a los niños y se reunía a comer con los cobradores de impuestos y los 'cualesquiera', el que curaba a los leprosos que todos rechazaban, el que hizo ver al hijo de Timeo, y devolvió los andares al viejo paralítico de la esquina. Y Jesús va de lengua en lengua como de mano en mano va su cuerpo. Los honores y aplausos se han trocado en gritos de desdén, de rechazo y de condena. Las palmas de unos días son ahora espinas en las sienes y caña entre los dedos. Un ladrón y asesino, Barrabás, vale más que él, cuando se les compare y ponga precio.

Ya se ve salir la siguiente procesión. Su itinerario, del Pretorio al Monte de la Calavera, al otro lado de las murallas de la ciudad. En el recorrido, gritos y empujones.

Pero hay unas lágrimas de mujeres que ruedan silenciosas y Jesús llega a tiempo de advertir y consolar; siempre con tiempo y fuerza disponibles para con los humildes y los pequeños. El dolor de su madre, sin ruido y sin respuesta; sólo el rozar de los mirares, un mismo latido en el dolor del corazón. La ayuda de unas manos, que alivian el peso del madero; es Simón, el de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo. El roce de unos paños que limpian y consuelan; alivian el rostro pero más el corazón, y la imagen se queda en los velos y en el alma de aquella joven palestina, cuyo nombre ni ha llegado a nosotros. Ahora la procesión se ha detenido. Ha llegado al final del itinerario. Los clavos, la Cruz, la esponja de vinagre, los gritos de las gentes, el silencio del Padre, el quebrarse el corazón, la voluntad rendida, la Noche del Silencio.

Hubo más procesiones aquel día. Está cerca la cueva del amigo José; siempre siguió con simpatía los pasos de Jesús, pero andaba escondido entre el miedo y la osadía. Aquel día visitó a Pilatos y fue de cara a pedirle el cuerpo muerto de aquel ajusticiado. Quería darle los últimos honores. La Procesión del Santo Entierro fue breve y nada concurrida. Había poco de todo; poco tiempo y pocos amigos. Si quedaba algún curioso, lo espantaron los relámpagos y truenos de aquel oficio de tinieblas de las tres de la tarde. Y ya nadie vio la siguiente procesión: las mujeres buscaron la huella de su paso, su cuerpo ensangrentado envuelto en el sudario, en las cavernas de la peña. Pero la cárcel de la Muerte ya no tenía puertas para nadie. Cristo Jesús, el Señor Resucitado había recorrido el último itinerario: de la sepultura al Padre.

Esta fue, contada brevemente, la primera Semana Santa. Aquellas procesiones, las primeras de todas, aquellos pasos de aquellos pies, y aquella sangre de aquellos días, han enderezado para siempre los caminos y los pasos de la Humanidad, y han lavado y ahogado las culpas de los hombres. Para algunos podrá desvanecerse en las escasas páginas de un libro de historia, pero es la única Semana Santa que merece ser pregonada. A ella se referirán todas las demás Semanas Santas de todos los lugares y de todos los tiempos. Y si de ella no viven y si su fuego no alientan, malas hogueras serán, vacío y nada alimentan

Junto a esta Semana Santa de Jerusalén, está **LA SEMANA SANTA DE LOS TEMPLOS**. La de todos los templos, grandes o pequeños, catedrales, parroquias, capillas, espacios escondidos, de todos los rincones del mundo y de todos los rincones del tiempo. Es la Semana Santa de las comunidades creyentes, de las celebraciones litúrgicas, la que se hace memoria viva en el corazón de los cristianos, Palabra y ceremonia. Palma y grito de júbilo en las calles con pancartas de manifestación y niños en griterío. Rezos y oraciones, de los labios, del corazón, del silencio que acompaña la escucha y la memoria de los primeros días, de la primera Muerte, de la primera Vida. Después el Lavatorio, con el Obispo o el Cura doblados de mentira sobre unos pies lavados ya, queriendo hacer de un ademán un programa, una consigna. Y el programa está sobre el altar: se traen las palabras, los gestos de Jesús. Es Él mismo quien los trae y quien las dice: Es mi Cuerpo, partidlo entre vosotros, y sed pan partido y repartido a míseros y hambrientos. Es mi Sangre, bebedla, derramadla sobre el mundo y añadid la vuestra. Eucaristía, Presencia de la Entrega y Entrega de su Presencia para hoy y para siempre. Y al pasar de las horas la Cruz Desnuda, sin Cristo, sin avíos, con lamentos y reproches que recuerdan el amor sin olvidar la cercanía. ¿Qué te he hecho, pueblo mío? ¿Qué más pude, qué más puedo hacer por ti?

Y las horas pasadas en Silencio reventarán en Fuego, en Agua, en Grito de Palabras, en Pan de compañía. Aleluya, Cirio Pascual, Agua viva de Bautismos nocturnos que se abren a la Luz del Día que no acaba, el Domingo de Pascua. Cristo es el Fuego, el Agua, el Grito, el Pan, la Vida, la Luz, el Camino y el Día.

Ésta es la Semana Santa de los templos. Puede quedarse en rito de cantos repetidos, en simple eco de cosas olvidadas, puede ser lamento o aleluya de los labios, y no del corazón y de la vida. Puede quedarse en farsa, en buen teatro, en cumplimiento sin hermandad y sin compromiso. Pero aquellos que recuerden y acojan a Jesús, no podrán pasar sin ella, no podrán vivir sin caminar de la Palma al Aleluya. Será el mismo Señor quien nos recuerde que no es bueno quedarse tras los bancos, que hay que salir, que hay que dejar el amparo del templo para llevar a la calle, al hogar, al taller, a la nave de empresa o de oficina el Amor y la Paz que son su gesto. E iremos formando procesiones que de domingo a domingo irán repitiendo itinerarios todo el año: del altar a la calle, del libro al barrio. De la calle al altar, del barrio al libro. Y siempre con la mano en la mano del hermano, para saber y sentir y hacer que todos son humanos, hijos de Dios, los que cruzan las naves con nosotros y los que en cualquier sitio nos hallamos.

Y ESTÁ LA SEMANA SANTA DE LAS CALLES. La de los penitentes anónimos, los nazarenos escondidos tras el capirote y la túnica, la de los tronos, las luces, las filas en la acera, la del costalero de paso acompañado al vecino. La estoy oyendo pregonar ya hace mucho por mi barrio y por mi corazón. Sé que los sastres y sastresas acomodan las 'vestas' al niño que ha crecido y se ha hecho joven, que los hombres y mujeres ensayan con los 'pasos', y hay que esperar que no se cansen antes de terminar en el itinerario del día santo.

Es la Semana Santa de las Imágenes sangrantes o dolidas, compasivas y condolientes, Cristos cargados con todos los dolores y con todas las muertes, el Cristo de la borriquilla, Nuestro Padre Jesús de la Salud, el Cristo de la Traición y el Nazareno, del Huerto y del Prendimiento, de la Negación o del Lavatorio, de la Flagelación y del Ecce Homo, con la Cruz a Cuestas, de la Misericordia y de la Caída, el Crucificado de la Esperanza y de la Agonía, del Buen Fin, de la Expiración y del Consuelo, del Descendimiento y del Santo Sepulcro, el Cristo Yacente y el Señor Resucitado. Señora de las Angustias, de los Dolores, de la Esperanza, de la Paz y de la Amargura, de la Piedad y de la Soledad, de las Penas y del Amparo. Y luego los amigos, huidos casi todos, traidor alguno, firmes y ayudadores unos pocos: Santiago, Judas, Pedro, Juan, Verónica, María Magdalena, María Salomé, José de Arimatea, Nicodemo. Es la Semana Santa de las largas filas, las bandas de cornetas y tambores, la de los Presidentes y las Autoridades, la de los cirios encendidos y los doseles bailando. La de las emociones de anónimos viandantes, que al pasar cruzan sus ojos con el mirar de los ojos que miran de lo alto, los ojos de Jesús, desde arriba del 'paso', que busca a cada uno. Es la Semana del Triduo y el Sermón, el Besapiés y el Via Crucis, el Acto Cultural y el Encuentro en la Plaza de Santa Ana.

Ésta es la Semana Santa de las calles. Puede confundirse y puede confundir con los oros y los oropeles, las sedas y los brocados, la orfebrería de lámparas y tronos, y los bordados de mantos y doseles. Nada debería buscar con tanta pasión como el ser por las calles una catequesis viva, un anuncio del Evangelio en imágenes y en personas creyentes. Es su reto y su futuro. Estoy convencido de que tiene un noble puesto en la

tarea evangelizadora de la Iglesia, y será un desafío para sus responsables y para los responsables de las comunidades cristianas el ocupar ese puesto con nitidez y decisión, buscando permanentemente la verdad evangélica, la autenticidad creyente de los gestos, la unidad en comunión de las decisiones, y la sensibilidad para acercarse a las heridas de los Cristos de hoy. Haríamos mal en condenar esta Semana Santa de las calles, ciegos sin percibir la sed de Dios que pone en evidencia y que sólo los pobres y sencillos pueden conocer. *"Dios habla llanamente al corazón del ser humano"*, decía Pablo VI, y hay que dejar que los niños se acerquen al Maestro, y ponerse a la escucha con las gentes, sentir también su canto y no reprender a los que gritan. Ya lo dijo el Señor: *'Si callan éstos, las piedras gritarán'*.

PERO ESTÁ ADEMÁS LA SEMANA SANTA DEL MUNDO, con sus Procesiones y sus itinerarios, los que marca el hambre, la guerra, la persecución y la droga. Sus 'vestas' no son sedas, ni rasos ni brocados. Sus bocamangas no lucen calados ni encajes. Sus colores son sólo el rojo de la sangre y el negro del cansancio, y a veces, muchas veces, el negro de la muerte. Los títulos son los mismos que los de las Imágenes que surcan nuestras calles: Traición y Prendimiento, Negación y Caída, Agonía y Sepulcro, Angustias y Dolor, Amargura y Soledad. Y hay también Misericordia y Esperanza, Paz, Encuentro y Consuelo. La guía de los pasos está en nuestros diarios, y se renueva con frecuencia, con demasiada frecuencia. Hay una hermandad que sale de Malí, de Ghana, de Senegal o Mauritania, recorre kilómetros de arena y millas de olas de amenaza, y va a morir a Arguineguín, o vuelca a veinte metros de las rocas de Los Cocoteros de Lanzarote. Hay una cofradía que hizo su procesión de ruina en ruina, de escombros en escombros, buscando una palabra, un grito de la niña o del marido que ha perdido en Puerto Príncipe. Está la procesión muy corta desde cualquier barrio de nuestra Ciudad al Salto del Negro, o desde cualquier lugar de éxtasis camino al Cementerio. Está la procesión de niños y de jóvenes, que debieron ser acercados a Cristo por hombres de Iglesia, y sin embargo por ellos fueron traicionados en su confianza, violados en su dignidad, y apartados sin escucha al silencio. Y no sabremos nunca -a veces ni queremos ni hacemos por saber- los 'pasos' de otros 'Cristos': sabemos sus orígenes, sus puntos de partida, América, África, Asia, y se sabe que terminan en una habitación y en una cama, con poca luz, con poco amor, con poca vida. Hay muchas Semanas así, son Semanas Santas de más de siete días, de más de 365, de todos los días de todas las semanas de todos los años. Hay muchas Semanas Santas, muchas Procesiones y muchos itinerarios.

¿ QUÉ SEMANA SANTA HE DE PREGONAR? Déjenme que, puesto a pregonar, no quiera separar ninguna de las cuatro. La Semana Santa de las calles, la de las Procesiones, no puede tener otra referencia que la Semana Santa de Jesús en Jerusalén, y no puede prescindir de la Semana santa de los templos, la de las celebraciones, que es la que realmente hace presente hoy aquella de Jesús. Pero tampoco puede olvidar la Semana Santa de los sufrimientos de los hombres de hoy, sino ganar en sensibilidad y en iniciativas de solidaridad, cercanía y ayuda. Hay un pregón que a todas estas Semanas Santas hace una, y da a todas su sentido. Déjenme invitarles a mirar a las cuatro, y a llevar en el corazón, en la boca, en las manos y en los pies, la memoria viviente de la Semana Santa de Jerusalén, la del templo, la de la calle y la del mundo. Hay un Pregón distinto de todos los Pregones. Nos basta recordar. Está en nuestra memoria la letra del pregón. Fue, sin duda, el primero. Es, sin duda, el mejor.

Andaba el Nazareno queriendo conocer qué quedaba en la gente de todo su Evangelio, de la Buena Noticia, y preguntó a los suyos: *¿Quién dice la gente que soy yo? Juan el Bautista, unos; Elías, otros más; algunos, que un Profeta que ha resucitado.* Jesús repitió la pregunta, cambiando el preguntado: *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?* Pedro contestó el primero: *Tú eres el Mesías, tú eres el Hijo de Dios.* La cosa estaba clara, y allí empezó el anuncio, y allí arrancó el Pregón: *"El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar al tercer día. Y el que quiera seguirme, que me siga, que cargue con su cruz, y se venga conmigo"*. Fue el primer Pregón de la Primera Semana Santa. Pregón de futuro y pregón y súplica de camino compartido. En aquella ocasión ni se entendió el pregón ni se aceptó el camino. Ni gustó el anuncio, ni se quiso comprender que Jesús no andaba buscando espectadores, sino seguidores y testigos.

Por eso pasaron unos días, y el Maestro repitió su Pregón, lo volvió a recordar: *"Meteos bien esto en la cabeza: al Hijo del Hombre lo van a entregar en manos de los hombres"*. Y los suyos no cogieron el sentido, no entendieron su lenguaje. Y no quisieron preguntar, por miedo o por vergüenza de haber perdido el tiempo queriendo conocer quién de ellos sería el mejor, el más importante, el del más alto sillón. Y el Pregón, repetido, se ahogó en el silencio.

Faltaban pocas fechas a la Semana Santa, y Jesús volvió a hacer por tercera vez el Pregón, ahora con detalles: *"Mirad que subimos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo que los Profetas escribieron del Hijo del Hombre: será entregado en manos de gentiles, se burlarán de él, será insultado y escupido; después de azotarle le matarán. Al tercer día resucitará"*. Y el Pregón se cumplió.

Si éste, repetido, fue el primer Pregón y es el mejor de los Pregones se debe a que no lo hizo un narrador desde fuera de la historia y de los hechos, sino el Crucificado, el mismo Nazareno. El Pregonero pregonó su propia Semana Santa. Él no habló sólo con palabras. Su voz era el anuncio de lo que estaba sucediendo, la trama de su muerte, la espera de los golpes, los olvidos, las mentiras, las traiciones, la agonía, la muerte y el silencio. No buscaba discursos de palabras, le dolía la sangre, tenía que aceptarlo, era su Amor primero: la Humanidad, el Padre, el Reino.

Hoy, ante estas cuatro Semanas Santas, ante este Pregón repetido del Maestro, no podemos anunciar nada distinto de lo que pregonó Jesús. Su Pregón fue el mejor por ser el más auténtico. *"Quien venera verdaderamente la pasión del Señor -decía un santo Papa hace siglos- tiene que contemplar de tal manera, con la mirada del corazón, a Jesús crucificado, que reconozca en Él su propia carne"*. Es nuestra propia carne la que recorrió las Procesiones en Jerusalén, es nuestra propia carne la que entregamos en los cultos verdaderos de nuestros templos, es nuestra propia carne la que pasa ensangrentada por las calles de nuestro pueblo, es nuestra propia carne la que sufre en los caminos del mundo, por los itinerarios que exigen nuestra respuesta y nuestro celo.

He creído que mi palabra y mi aliento no debía hacer otra cosa que animar a buscar la verdad de cuanto hacemos, animar a ser protagonistas, testigos, no mirones que ni entienden ni quieren entender. He querido ayudarles a recordar, a mirar, a oír, a leer, en la historia, en el culto, en la calle, en el suelo. Yo no he dicho nada nuevo. Oigamos todos juntos el Pregón, el anuncio que nos hace el mejor Pregonero: *"Mirad*

que subimos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo que los Profetas escribieron del Hijo del Hombre: será entregado en manos de gentiles, se burlarán de él, será insultado y escupido; después de azotarle le matarán. Al tercer día resucitará". Y el Pregón se cumplió. Y todo se cumplirá.

✠ Francisco, Obispo